

EXPEDICIÓN A LA TIERRA

ARTHUR C. CLARKE

**EXPEDICIÓN
A LA TIERRA**



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Expedition to Earth*

Traducción de Eduardo Salades

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón

Primera edición: enero de 2019

© Arthur C. Clarke, 1953, 1970
© de la presente edición: Edhasa, 1984, 2005, 2019
Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-2133-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público. Si necesita fotocopiar o escanear
algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprógraficos, www.cedro.org), o entre en la web www.conlicencia.com.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B. 28984-2018

Impreso en España

ÍNDICE

1. La segunda aurora	9
2. ¡Si te olvidase, oh, Tierra!	73
3. Tensión extrema	83
4. Expedición a la Tierra	143
5. Superioridad	161
6. Némesis	185
7. Juego del escondite	217
8. Encuentro en la aurora	239
9. Lo imprevisto	263
10. Herencia	277
11. El centinela	295

LA SEGUNDA AURORA

Ahí vienen —dijo Eris alzando sus patas delanteras y volviéndose para mirar a lo largo del extenso valle.

La amargura y la pena habían abandonado sus pensamientos por un instante, hasta el punto de que incluso Jeryl, cuya mente estaba más precisamente ajustada a la suya que ninguna otra, apenas pudo percibirlos. Había incluso un resabio de dulzura que le recordaba acerbamente aquel Eris que había conocido en los días previos a la guerra, el viejo Eris que ahora parecía casi tan remoto y perdido como si estuviese yaciendo con los otros, allá abajo en la llanura.

Una oscura marea fluía subiendo por el valle, adelantando con curioso y vacilante movimiento, haciendo extrañas pausas y avanzando a pequeños saltos. A sus flancos brillaba el oro: la delgada línea de guerreros atelenios, tan terriblemente escasos, com-



parados con la negra masa de los prisioneros. Pero eran los suficientes; en realidad, eran sólo necesarios para guiar aquel río sin meta en su indecisa marcha. Y sin embargo, a la vista de tantos miles de enemigos, Jeryl descubrió que temblaba, y se acercó instintivamente a su compañero, piel de plata que se apoyaba contra la de oro. Eris no dio señales de haber comprendido, ni tan siquiera de haber advertido el movimiento.

El miedo se desvaneció cuando Jeryl vio lo despacio que la corriente oscura adelantaba. Le habían dicho lo que tenía que esperar, pero la realidad era aún peor de lo que se había imaginado. Al acercarse los prisioneros, todo el odio y la amargura se desvanecieron de su mente, siendo reemplazados por una penosa compasión. Nadie de su raza debería temer ya nunca más la horda idiota y sin objetivo que era conducida, a través del paso, hacia el valle del que nunca más saldría.

Los guardias apenas si hacían más que instar a los prisioneros con gritos sin sentido pero alentadores, como niñeras que llaman a niños demasiado pequeños para comprender sus pensamientos. Por más que se esforzase, Jeryl no podía percibir vestigio alguno de razón en ninguna de aquellos millares de mentes que pasaban tan cerca. Aquello hizo que se diese cuenta,

más vívidamente que ninguna otra cosa, de la magnitud de la victoria y de la derrota. Su mente era lo suficientemente sensible para detectar los primeros pensamientos vagos de los niños, que bordeaban el límite de la conciencia. Los enemigos derrotados no eran ni tan sólo niños, sino bebés con cuerpos de adultos.

La marea pasaba ahora a pocos palmos de ellos. Por vez primera, Jeryl se dio cuenta de cuánto mayores que su propia gente eran los mitraneos, y cuán bellamente la luz de los soles gemelos resplandecía sobre el oscuro raso de sus cuerpos. Una vez, un magnífico ejemplar que sobrepasaba a Eris en una cabeza se apartó del grupo principal y se acercó tambaleándose hacia ellos, deteniéndose a pocos pasos. Luego se agachó como un niño perdido y asustado, moviendo inciertamente de un lado a otro su espléndida cabeza, como si buscase no sabía qué. Por un instante, sus ojos grandes y vacíos contemplaron de frente la cara de Jeryl. Ella sabía que era tan hermosa para los mitraneos como para su propia raza, pero no hubo ni un parpadeo de emoción en aquellas facciones sin expresión, ni pausa en los movimientos sin sentido de aquella cabeza inquisitiva. Y entonces un exasperado guardia dirigió nuevamente al prisionero hacia sus compañeros.

—Vámonos —rogó Jeryl—. No quiero ver ninguno más. ¿Por qué me has traído aquí? —Este último pensamiento estaba cargado de reproches.

Eris comenzó a alejarse sobre las pendientes herbosas, dando grandes saltos que ella no podía esperar igualar, pero, a medida que avanzaba, su mente lanzó un mensaje hacia ella. Los pensamientos de él aún eran amables, pero el dolor que había tras ellos era demasiado profundo para poder ser ocultado.

—Quería que todos, incluso tú, vieseis lo que tuvimos que hacer para ganar la guerra. Quizás así ya no tengamos que emprender ninguna otra.

Eris estaba esperando sobre la cresta de la colina, tranquilo a pesar de la alocada violencia de su ascensión. La corriente de prisioneros estaba ahora demasiado por debajo de ellos para que pudiesen apreciar los detalles de su penoso avance. Jeryl se agachó junto a Eris y comenzó a pacer la escasa vegetación que había emigrado desde el valle fértil. Comenzaba a recuperarse lentamente de la impresión.

—Pero ¿qué les ocurrirá? —preguntó al fin, perturbada aún por el recuerdo de aquel espléndido gigante sin razón, en su camino hacia un cautiverio que jamás podría comprender.

—Se les puede enseñar a comer —respondió Eris—. En el valle hay alimento para medio año, y luego los desplazaremos. Será una pesada carga para nuestros recursos, pero estamos bajo una obligación moral, y lo hemos hecho constar en el tratado de paz.

—¿No sanarán jamás?

—No. Sus mentes han sido completamente destruidas. Serán así hasta que mueran.

Hubo un largo silencio. Jeryl dejó que su mirada vagase por las colinas, que bajaban ondulando suavemente hasta el borde del océano. Podía vislumbrar, a través de una abertura entre las colinas, la distante línea azul que indicaba el mar, el misterioso e impenetrable mar. Su azul se hundiría pronto en la oscuridad, pues el feroz y blanco sol se estaba poniendo, y pronto no habría sino el disco rojo —cientos de veces mayor, pero que daba mucha menos luz— de su pálido compañero.

—Supongo que tuvimos que hacerlo —dijo finalmente Jeryl. Estaba casi pensando para sí misma, pero dejó que se escapase lo bastante de sus pensamientos para que Eris lo alcanzase a percibir claramente. Tal era su intención en ese momento.

—Los has visto —contestó Eris brevemente—. Eran mayores y más fuertes que nosotros. Aunque éramos

más que ellos, la partida estaba igualada; al final, creo que hubiesen ganado. Haciendo lo que hicimos, salvamos a miles de ellos de la muerte, o de la mutilación.

La amargura volvió a teñir sus pensamientos, y Jeryl no se atrevió a mirarle. Eris había corrido una pantalla sobre las profundidades de su mente, pero Jeryl sabía que estaba pensando en el destrozado muñón de marfil de su frente. Excepto al final, la guerra se había hecho solamente con dos armas, los cascos agudos como navajas de las pequeñas y casi inútiles garras delanteras, y los cuernos semejantes al del unicornio. Con uno de éstos, Eris ya no podría luchar nunca más, y de esa pérdida procedía gran parte de la aspereza amargada que le hacía a veces herir incluso a quienes le querían.

Eris estaba esperando a alguien, pero Jeryl no sabía a quién; tenía demasiada experiencia para interrumpir los pensamientos de su compañero cuando estaba de un humor como el de ahora, de modo que permaneció silenciosa a su lado, fundiendo su sombra con la de él, que se extendía a lo largo de la cumbre de la colina.

Jeryl y Eris procedían de una raza que había sido más afortunada que la mayor parte en la lotería de la

naturaleza, pero que sin embargo había perdido uno de los premios más importantes. Tenían cuerpos y mentes potentes, y vivían en un mundo templado y fértil. A la mirada humana hubiesen parecido extraños, pero en modo alguno repulsivos. Sus cuerpos esbeltos, recubiertos de piel peluda, se estrechaban formando un solo miembro trasero gigante que les permitía dar saltos de diez metros. Los miembros delanteros eran mucho más pequeños, y no servían más que de apoyo y para equilibrarse; terminaban en puntiagudos cascos que podían ser mortales en el combate, pero que no tenían ninguna otra utilidad.

Tanto los atelenios como sus primos, los mitra-neos, poseían poderes mentales que les habían permitido desarrollar unas matemáticas y una filosofía muy avanzadas, pero carecían de todo dominio sobre el mundo físico. Casas, herramientas, tejidos —los artefactos de toda clase—, les eran absolutamente desconocidos. A razas que poseían manos, tentáculos o cualquier otro tipo de miembros parecidos, su cultura hubiese parecido increíblemente limitada; pero tal es la adaptabilidad de la mente y la fuerza de la costumbre, que pocas veces se daban cuenta de sus limitaciones y no imaginaban ninguna otra forma de vida. Era lo natural vagar en grandes manadas sobre

las fértiles llanuras, deteniéndose donde abundaba la comida y desplazándose nuevamente cuando ésta se agotaba. Esa vida nómada les había dado tiempo suficiente para la filosofía e incluso para ciertas artes. Sus poderes telepáticos no les habían privado aún de sus voces, y habían desarrollado una música vocal compleja y una coreografía más compleja aún. Sin embargo, su mayor orgullo era la extensión de sus pensamientos; durante miles de generaciones habían hecho vagar sus mentes por el nebuloso infinito de la metafísica. De la *física*, así como de todas las demás ciencias de la materia, no sabían nada, ni siquiera sabían de su existencia.

—Alguien viene —dijo repentinamente Jeryl—. ¿Quién será?

Eris no se tomó la molestia de mirar, pero su respuesta sonó un poco tensa.

—Es Aretenon. Quedé en encontrarme con él aquí.

—Cuánto me alegro. Erais tan buenos amigos... Me dolió que os peleaseis.

Eris escarbó nerviosamente la hierba, como si se sintiese turbado o airado.

—Me enojé con él cuando me abandonó durante la quinta batalla de la llanura. Naturalmente, entonces no sabía por qué tenía que irse.

Los ojos de Jeryl se abrieron con repentino asombro y comprensión.

—¿Quieres decir que tuvo algo que ver con la Locura y la manera en que terminó la guerra?

—Sí. Había pocos que supiesen más que él sobre la mente. No sé qué papel desempeñó, pero debe de haber sido importante. No creo que nunca nos pueda decir mucho acerca de ello.

Aún a una distancia apreciable por debajo de ellos, Aretenon subía en zig-zag, a grandes saltos, la colina. Un poco más tarde les había alcanzado e instintivamente bajó la cabeza para tocar cuernos con Eris, gesto universal de salutación. Y entonces se detuvo, terriblemente incómodo, y se produjo una turbada pausa hasta que Jeryl vino a salvar la situación con algunos comentarios convencionales.

Al hablar Eris, Jeryl se sintió aliviada, pues se dio cuenta del evidente placer que aquél sentía al encontrarse nuevamente con su amigo, por primera vez después de la separación en el punto culminante de la guerra. Hacía aún más tiempo que ella había visto por última vez a Aretenon; se sorprendió al advertir lo mucho que había cambiado. Era bastante más joven que Eris, pero ahora nadie lo habría dicho. Parte de su piel, antaño dorada, se estaba volviendo negra con

la edad, y con un rasgo de su antiguo humor, Eris observó que pronto ya no se le podría distinguir de un mitraneo.

Aretenon sonrió.

—Eso hubiera sido útil durante las últimas semanas. Acabo de pasar por su país, ayudando a reunir a los Vagabundos. Como ya podréis suponer, no somos muy populares. Si hubiesen sabido quién era yo, no creo que hubiese podido volver.

—No estabas verdaderamente encargado de la Locura, ¿verdad? —preguntó Jeryl, incapaz de reprimir su femenina curiosidad.

Jeryl tuvo la momentánea impresión de que se formaba una espesa neblina defensiva en torno de la mente de Aretenon, protegiendo todos sus pensamientos del mundo externo. Y entonces llegó la respuesta, extrañamente opaca, con una sensación de distancia que era muy rara en contacto telepático.

—No; no tenía el mando supremo. Pero solamente había dos entre yo y lo más alto.

—Naturalmente —dijo Eris con cierta petulancia—. Yo no soy sino un sencillo soldado y no entiendo de esas cosas. Pero me gustaría saber cómo lo hicisteis. Por supuesto, ni Jeryl ni yo —añadió— hablaríamos con nadie más.

Nuevamente pareció descender un velo sobre los pensamientos de Aretenon; luego el velo se levantó, siquiera fuese tan sólo un poco.

—Hay muy poca cosa que me sea permitido decirnos. Como ya sabes, Eris, siempre me interesó la mente y su funcionamiento. ¿Recuerdas nuestros juegos, cuando yo trataba de descubrir tus pensamientos y tú hacías todo lo que podías para evitarlo? ¿Y cómo a veces te hacía realizar acciones contra tu voluntad?

—Pienso todavía —dijo Eris— que no hubieses podido hacer aquello con un extraño, y que en realidad yo cooperaba inconscientemente.

—Eso era cierto entonces, pero ya no lo es. La prueba la tienes ahí abajo, en el valle. —E hizo un gesto hacia los últimos rezagados, que los guardianes iban rodeando. La marea oscura ya casi había pasado, pronto se cerraría la entrada del valle.

»Cuando fui creciendo —siguió Aretenon—, pasé más y más tiempo investigando el funcionamiento de la mente, tratando de descubrir por qué algunos de nosotros podemos compartir tan fácilmente nuestros pensamientos, mientras que otros no pueden conseguirlo nunca, sino que tienen que permanecer siempre aislados y solitarios, forzados a comunicarse por

medio de sonidos y gestos. Me fascinaban aquellas mentes que están completamente desequilibradas, de modo que quienes las poseen parecen ser menos que niños.

»Cuando comenzó la guerra, tuve que abandonar esos estudios. Y luego, como ya sabéis, un día me llamaron durante la quinta batalla. Incluso ahora, no sé con certeza quién fue la causa. Me llevaron a un lugar muy lejos de aquí, donde encontré un pequeño grupo de pensadores a muchos de los cuales ya conocía.

»El plan era sencillo, y tremendo. Desde el amanecer de nuestra raza hemos sabido que dos o tres mentes, unidas, podían ser utilizadas para controlar otra mente, *si ésa quería*, en la forma en que acostumbraba a dominarte a ti. Desde tiempos remotos hemos empleado ese poder para curar. Ahora proyectamos utilizarlo para destruir.

»Había dos dificultades principales. Una se relacionaba con la curiosa limitación de nuestro poder telepático normal, el hecho de que, excepto en raras ocasiones, sólo podemos tener contacto a distancia *con alguien a quien ya conocemos*, y no podemos comunicarnos con extraños más que cuando estamos en su presencia.

»El segundo, y mayor problema, era que se necesitaría el poder de muchas mentes, y hasta entonces nunca había sido posible unir más de dos o tres. La forma en que lo conseguimos es nuestro principal secreto: como todas estas cosas, ahora que lo hemos logrado parece fácil. Y una vez comenzado, fue más sencillo de lo que habíamos supuesto. Dos mentes son más poderosas que el doble de una, y tres son mucho más poderosas que el triple de una sola. La realización matemática exacta es interesante, ya sabes cuán rápidamente aumenta el número de maneras en que puede ser ordenado un grupo de objetos al aumentar el tamaño del grupo. Pues bien, en nuestro caso se da una relación semejante a ésta.

»Y así conseguimos finalmente nuestra Mente Compuesta. Al principio era inestable, sólo conseguíamos mantenerla unida durante unos cuantos segundos, y todavía constituye un esfuerzo enorme para nuestros recursos mentales. Solamente podemos hacerlo durante..., bueno, durante el tiempo suficiente.

»Como es natural, todos estos experimentos fueron realizados en el mayor de los secretos. Si podíamos hacerlo nosotros, también podían hacerlo los mitraneos, pues sus mentes son tan buenas como las

nuestras. Teníamos cierto número de ellos prisioneros, y los empleamos como sujetos.

Por un instante, el velo que había ocultado los pensamientos internos de Aretenon pareció temblar y disolverse, pero pronto se rehízo.

—Eso fue la peor parte. Ya era bastante terrible enviar locura a un país distante, pero era infinitamente peor observar con nuestros propios ojos los efectos de lo que hacíamos...

»Cuando hubimos perfeccionado nuestra técnica, efectuamos los primeros ensayos a larga distancia. Nuestra víctima fue alguien tan bien conocido de uno de nuestros prisioneros (de cuya mente nos habíamos apoderado) que pudimos identificarlo completamente, de modo que la distancia entre nosotros no fue un obstáculo. El experimento salió bien, pero, naturalmente, nadie sospechó que nosotros éramos los causantes.

»No volvimos a operar hasta que estuvimos seguros de que nuestro ataque sería tan avasallador que daría por terminada la guerra. Por las mentes de nuestros prisioneros habíamos identificado a unos veinte mitraneos, sus amigos y parientes, con tal detalle que podíamos encontrarlos y destruirlos. Cada mente que caía bajo nuestro ataque nos permitía el

conocimiento de otras, y así fue aumentando nuestro poder. Pudimos haber hecho mucho más daño del que hicimos, pues sólo tomamos a los machos.

—¿Y fue eso —preguntó Jeryl amargamente— realmente tan misericordioso?

—Quizá no; pero hay que recordarlo en nuestro favor. Nos detuvimos tan pronto como el enemigo pidió la paz, y como sólo nosotros sabíamos lo que había ocurrido, fuimos a su país para deshacer todo el daño que pudiésemos. En realidad fue muy poco.

Se hizo un largo silencio. El valle estaba ahora desierto, y el sol blanco se había puesto. Soplaba un viento frío sobre las colinas, pasando a donde nadie podía seguirlo, hacia fuera, a través del vacío y desierto mar. Entonces habló Eris susurrando casi sus pensamientos en la mente de Aretenon.

—No viniste para decirme esto, ¿verdad? Hay algo más. —Era una afirmación, más que una pregunta.

—Sí —replicó Aretenon—. Tengo un mensaje para ti que te sorprenderá mucho. Es de Terodimus.

—¡Terodimus! —exclamó Eris, sin disimular su asombro—. Yo creía...

—Creíste que había muerto, o, peor aún, que era un traidor. No es ni lo uno ni lo otro, aunque ha vivido en territorio enemigo durante los últimos veinte

años. Los mitraneos le trataron como nosotros, y le dijeron todo lo que necesitaba. Reconocieron su mente por lo que era, e incluso durante la guerra nadie le tocó. Ahora quiere volver a verte.

Cualesquiera que fuesen las emociones que sintió Eris al recibir noticias de su antiguo maestro, no las reveló. Quizá pensaba en su juventud, recordando que Terodimus había desempeñado un papel más importante en la formación de su mente que ninguna otra influencia por sí sola. Pero sus pensamientos no eran accesibles para Aretenon, ni siquiera a Jeryl.

—¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo? —preguntó finalmente Eris—. ¿Y por qué quiere verme ahora?

—Es una historia larga y complicada —dijo Aretenon—, pero Terodimus ha realizado un descubrimiento tan notable como el nuestro, y que quizá tenga consecuencias aún más importantes.

—¿Descubrimiento? ¿Qué clase de descubrimiento?

Aretenon hizo una pausa, mirando pensativo el valle. Regresaban los guardianes, dejando solamente los pocos que se necesitarían para ocuparse de posibles prisioneros vagabundos.

—Tú sabes tanto de nuestra historia como yo, Eris —comenzó—. Creemos que se tardó algo así como un

millón de generaciones para que alcanzásemos nuestro nivel actual de desarrollo, y esto es un lapso de tiempo tremendo. Casi todo el progreso que hemos realizado ha sido debido a nuestros poderes telepáticos; sin ellos seríamos muy poco distintos de los demás animales que muestran semejanzas tan desconcertantes con nosotros mismos. Estamos muy orgullosos de nuestra filosofía y de nuestras matemáticas, de nuestra música y nuestro baile, pero ¿se te ha ocurrido alguna vez, Eris, que podría haber otras direcciones de desarrollo cultural en las que no hemos ni tan sólo pensado? *¿Y que podría haber otras fuerzas en el universo, además de las mentales...?*

—No comprendo a qué te refieres —dijo Eris.

—Es difícil de explicar, y no voy a intentarlo, excepto para decir lo siguiente: ¿te das cuenta de lo lamentablemente escaso que es nuestro dominio sobre el mundo exterior, y lo realmente inútiles que son estos miembros nuestros? No, no puedes darte cuenta, porque no has visto lo que yo he visto. Pero quizás esto te ayude a comprenderlo.

La estructura de los pensamientos de Aretenon moduló repentinamente en una clave menor.

—Recuerdo haberme encontrado una vez con un macizo de hermosas y extrañamente complicadas flores.

Quise saber cómo eran por dentro, y traté de abrir una sujetándola entre mis pezuñas y abriéndola con los dientes. Lo intenté una y otra vez, y fracasé. Al final, medio loco de rabia, pisoteé todas aquellas flores.

Jeryl pudo percibir la perplejidad en la mente de Eris, pero pudo también ver que se interesaba y sentía curiosidad por saber más.

—Yo también he tenido sentimientos de esta clase —admitió—. Pero ¿qué podemos hacer? Y al fin y al cabo, ¿es realmente importante? Hay muchas cosas en este universo que no son tal como deseáramos.

Aretenon sonrió.

—Cierto. Pero Terodimus ha encontrado la manera de remediarlo en parte. ¿Quieres ir a verle?

—Debe de ser un largo viaje.

—Unos veinte días desde aquí, y tenemos que cruzar un río.

Jeryl sintió que Eris se estremecía ligeramente. Los atelenios odiaban el agua por la excelente y suficiente razón de que sus huesos eran demasiado pesados para permitirles nadar, y se ahogaban rápidamente si caían en ella.

—Es en territorio enemigo, no me querrán.

—Te respetarán, y quizá sería una buena idea que fueses; un gesto amistoso, por decirlo así.

—Pero me necesitan aquí.

—Puedes creer en mi palabra de que nada de lo que haces aquí es tan importante como el mensaje que Terodimus tiene para ti, y para todo el mundo.

Eris veló sus pensamientos durante un instante, y luego los descubrió brevemente.

—Lo pensaré —dijo.

★ ★ ★

Fue sorprendente cómo Aretenon consiguió hablar tan poco durante muchos días del viaje. De vez en cuando, Eris atacaba medio en broma las defensas de su mente con golpes, que eran siempre parados con habilidad y sin esfuerzo. Sobre el arma que había terminado con la guerra no quería decir nada, pero Eris sabía que quienes la habían manejado no se habían separado aún y estaban en su escondrijo secreto. A pesar de no querer hablar del pasado, Aretenon hablaba con frecuencia del futuro, y lo hacía con la ansiedad de quien ha ayudado a forjarlo y no está seguro de haber obrado bien. Como otros muchos de su raza, le perseguía el recuerdo de lo que había hecho, y a veces lo apesadumbraba una sensación de culpabilidad. A menudo hacía observaciones que por entonces de-

jaban perplejo a Eris, pero luego, en los años por venir, debía recordar más y más vívidamente.

—Hemos llegado a un punto crucial de nuestra historia, Eris. Los poderes que hemos descubierto no tardarán en ser compartidos por los mitraneos, y otra guerra significaría la destrucción de todos. Toda mi vida he trabajado por aumentar nuestro conocimiento de la mente, pero ahora me pregunto si he traído al mundo algo demasiado peligroso para que lo manejen nosotros. Sin embargo, ya es demasiado tarde para volver sobre nuestros pasos; tarde o temprano era necesario que nuestra cultura llegase a este punto y conociese lo que hemos descubierto.

»Es un dilema terrible, y no hay más que una solución. No podemos retroceder, y si seguimos adelante podemos llegar a un desastre. De modo que debemos alterar la naturaleza misma de nuestra civilización y romper por completo con el millón de generaciones que quedan detrás de nosotros. No puedes imaginarte cómo es posible hacerlo: tampoco podía yo, hasta que me encontré con Terodimus y me contó su sueño.

»La mente es algo maravilloso, Eris, pero por sí sola es impotente en este universo material. Ahora sabemos cómo multiplicar por un enorme factor el poder de nuestros cerebros; podemos quizá resolver

los grandes problemas matemáticos que nos han desconcertado durante siglos. Y aun así, ni nuestras mentes por sí solas, ni la mente de grupo que hemos creado ahora pueden alterar en lo más mínimo el hecho que a través de la historia viene ocasionando el conflicto entre nosotros y los mitraneos: el hecho de que nuestra producción de alimentos es limitada y de que nuestras poblaciones no lo son.

Jeryl los observaba participando poco en sus pensamientos mientras discutían sobre esos temas. La mayor parte de estas discusiones tenía lugar mientras apacentaban, pues, como todos los rumiantes activos, tenían que pasar una parte considerable del día buscando alimento. Por fortuna, la tierra a través de la cual pasaban era muy fértil; a decir verdad, su fertilidad había sido una de las causas de la guerra. Jeryl observaba con satisfacción que Eris volvía a ser algo de lo que había sido. El sentimiento de amargura frustrada que había ocupado su mente durante tantos meses no se había retirado, pero ya no era tan dominante como había llegado a serlo.

Abandonaron la abierta llanura en el vigésimo segundo día de su viaje. Durante mucho tiempo habían estado moviéndose a través de territorio mitraneos, pero los pocos antiguos enemigos que habían encon-